

MILTON ROSSEL

EDUARDO BARRIOS

---

COMO en prolongado atardecer su vida fue extinguiéndose lentamente. Si los achaques físicos pudieron retenerlo a medio vivir y apenas circular por el recinto de su propia casa, su conciencia surgía cuando de súbito su palabra irrumpe tras prolongado silencio. Como reanimado por secreta vitalidad, la conversación fluye de sus labios con detalles mínimos, perfecta la coordinación de las ideas y cabales las frases. De pronto se ensimisma nuevamente para entrar en ese mundo misterioso de profunda quietud, entornados los ojos como dispuesto a dormirse para siempre. De cuando en cuando se reanima para exclamar: ¡Ay, qué dolor de cabeza!

Su rostro fino, armoniosamente perfilados los rasgos faciales, los muchos años vividos no le han marcado huellas profundas. Barba cuidada y alba enmarca su rostro como estampa de hidalgo arrancada de las ilustraciones de un viejo libro castellano. El pasado se hace presente en su charla, todo aparece fresco en su memoria; y al menor requerimiento nuestro, aspectos inéditos de su vivir surgen enhebrados en el recuerdo. Expresa no interesarle la literatura, incluso la suya. Mas, de pronto, se duele de que lo han olvidado, de que no se habla de él en la prensa y de que un diario importante sólo publicó el anuncio pagado de la aparición de sus *Obras Completas*...

Le decimos que su nombre es muy conocido en América y España, que sus libros se leen constantemente, que se le estudia, que se le admira. Le hablamos de las numerosas traducciones que de ellos se han hecho. Aludimos a la reciente alemana de *Gran Señor y Rajadiablos*. Expresamos deseos de verla. Va en su busca y nos la muestra orgulloso, con cariño filial la retiene en sus manos.

Nos despedimos de él con el ánimo encogido, presentimos que era la última vez que lo veríamos. Hay en sus breves palabras un dejo de

emoción. Pretendemos sonreírle, pero acaso sólo conseguimos dibujar una mueca. Ya en la calle, nos resistimos a incorporarnos al ajetreo urbano. Se han adensado las sombras del atardecer de ese día de invierno, y cavilando, retrocedemos en el tiempo para revivirlo pleno de vida, en sus años de plenitud intelectual, cuando escribió *Un Perdido*, *El Hermano Asno*, *Páginas de un Pobre Diablo*. Pero de eso hace cerca de cuarenta años.

La noticia de su fallecimiento apenas nos estremeció. Lo habíamos visto dormirse repentinamente, ahora estaba también dormido, pero rígido, sereno en el sueño de la eternidad.



Rodean cabizbajos su cuerpo inerte escritores y admiradores, mientras las palabras de los panegiristas se desgranán lentas, emotivas, exaltando al hombre y su obra. Eduardo Barrios ha dejado de transitar por los caminos de la vida. Mas su espíritu quedó inmortalizado en sus creaciones. Volvamos a ellas inmersos en la fabulación donde están perfilados los caracteres que se escapan de su mundo novelesco para sentirlos y verlos en su presencia física como homenaje a este escritor que en las letras chilenas destaca calidades literarias eminentes.

Pocos escritores chilenos como Eduardo Barrios recibieron en vida tan unánime juicio laudatorio de críticos y lectores. Desde *El niño que enloqueció de amor*, que le dio nombradía literaria, hasta *Los hombres del hombre*, su última novela, estudiosos del país y del extranjero, especialmente de Estados Unidos de Norteamérica, han valorado su obra desde los más variados ángulos. La crítica se ha volcado sobre sus libros con toda la gama que ella implica, desde el impresionismo hasta la exégesis, mediante las últimas técnicas del análisis literario.

Se le ha estudiado como estilista, como psicólogo, como intérprete de la realidad chilena de los tiempos actuales y de aquellos del feudalismo agrario, como pintor de costumbres urbanas y rurales, como evocador de paisajes. Cada nueva obra suya eran nuevos aspectos de su visión de la vida, de los seres, de las cosas, con esa amplitud de perspectiva que tiene el escritor que adereza su pluma en lo auténtico, sea de sus personales experiencias, sea de su imaginación creadora. Unía a la agudeza penetrante de las circunstancias menudas del vivir cotidiano la pasión íntima que brotaba de sus intuiciones sorprendentes. Tal es el caso de los atisbos extraordinarios en la timidez de Lucho Bernal, el protagonista de *Un perdido*, cuya sensibilidad en-



fermiza disecciona hasta en los rincones más oscuros de la conciencia de ese abúlico que se despiaza por el mundo sin un esfuerzo de reclimir su naturaleza congénita.

Personalidad múltiple la de este escritor tanto en la faena literaria como en las variadas actividades que ejerció, las cuales él mismo se encargó de contar en amenas páginas autobiográficas. Educado en el Perú, cadete de la Escuela Militar chilena, recorrió tierras de América en empresas audaces; empleado en las oficinas salitreras en la época del auge de este fertilizante, recaló en la burocracia como funcionario menor en las oficinas de la Universidad de Chile; taquígrafo de la Cámara de Diputados; Jefe de Sección de la Biblioteca Nacional; luego dos veces director de la misma; Ministro de Estado también en dos ocasiones; agricultor; periodista; hay en la existencia de Eduardo Barrios un caminar sin término, cuyo reposo lo obtiene en los últimos años cuando lenta y fatalmente la noche va apagando las luces de su inteligencia.

Su muerte, acaecida el 13 de septiembre último, avivó el nombre del novelista y del funcionario. En sus funerales la palabra oficial del Gobierno a través del Ministro de Educación, del Director General de Bibliotecas y Museos, del Presidente de la Sociedad de Escritores, del representante de la Academia Chilena de la Lengua y del presidente del PEN Club de Chile, repercutió sincera y doñada en el gran ámbito de soledad y silencio donde se dejan las miserias del cuerpo humano exánime.

Para la Revista *Atenea* su fallecimiento afecta en forma especial. Fue su primer director, funciones que ejerció desde la fundación de esta revista, en 1924, hasta noviembre de 1927, en que fue designado Ministro de Educación por el Presidente Ibáñez. Señaló, con su juicio sereno y culto, el camino que debía seguir *Atenea*, imprimió la dignidad y rango literario que han tratado de mantener los sucesivos directores que ella ha tenido.

*Atenea* le rendirá, en número próximo, el homenaje de cuantos críticos y escritores sienten por su obra. Por ahora, sólo dejamos estas breves palabras de afecto y admiración por este escritor cuyas excelencias estilísticas e intensidad humana de sus fabulaciones, le aseguran un lugar junto a los grandes de las letras de Chile y América.